



ARACELI MANGAS / Catedrática de Derecho Internacional Público en la Universidad Complutense de Madrid

«Tenemos que apostar por la calidad y la investigación para ser competitivos»

Sergio Casquet

Durante los últimos siglos, las relaciones internacionales no nos han importado demasiado a los españoles. Desde el perezoso declive del Imperio, nos hemos dedicado alegremente a la onfaloscopia, sin importarnos qué pasaba al otro lado de las fronteras, aunque hay habido algunas excepciones a las que un día, cuando levantemos la mirada, habrá que hacer justicia. Entre ellas no se halla el Marqués de Labrador, que representó a España en el Congreso de Viena y al que el Duque de Wellington definió sobriamente como "el hombre más imbécil que he visto en mi vida". Su figura nos sirve de ejemplo para saber con exactitud de qué estamos hablando. Y seguro que todos recordamos casos aún más recientes:

«Desde la decadencia, en muy escasos momentos hemos llegado a tener relevancia. Por esa razón la dimensión internacional ha estado un poco fuera de la preocupación de los españoles. Pero, sin duda, es muy importante».

Conviene recordarlo una y otra vez...

Es que buena parte de nuestra historia no se entiende sin nuestra relación con América Latina o con los países árabes en el Mediterráneo... Debemos tener claro que somos un país fuerte, con una personalidad bien formada, en todos los sentidos.

A veces nos pasamos de cándidos. Ese «No a la guerra», en abstracto, por ejemplo. ¿Es ser poco realista?

Hay cosas inevitables. En algunos momentos hay que defender la civilización, como ocurrió en la Segunda Guerra Mundial. Otras veces hay que pensárselo muy bien, como cuando se habla de intervenir en Irán, algo que sería muy peligroso, sin consenso. Son dos situaciones distintas.

Entonces, sin buenas relaciones internacionales, mal vamos.

Hombre, de hecho, ahora tenemos grandes multinacionales que son vistas como elementos de activación económica en el extranjero. Y en Castilla y León hay unos emprendedores magníficos, con empresas que se pueden parangonar a las grandes empresas del mundo.

En la última campaña electoral, apenas se ha hablado de relaciones internacionales.

Con la crisis, la población está muy volcada con la política interna. Pero sí que se han hablado de ellas. La dimensión internacional de la política es muy importante. Es más, hay que utilizar elementos de la dimensión internacional de España para salir de la crisis.

¿Por ejemplo en Europa?

Entre otros. A veces se utilizan adjetivos o frases muy despectivas sobre la actitud que ha tenido la Unión Europea con respecto a España. Pero gracias a ella se han tomado medidas acertadas, por lo menos durante el último año.

Tal vez no se hayan explicado bien.

Es posible. Europa exige una disciplina y una cohe-

rencia a los gobiernos porque los políticos sólo piensan en ellos, a corto plazo. En las campañas deberían aparecer las obligaciones que España debe asumir como consecuencia de ser miembro de la Unión Europea.

Pero Europa tampoco parece haber acertado.

Sobre todo, debido a que sus normas se han visto desbordadas por los acontecimientos y se han mostrado insuficientes. Está claro que hay que hacer una reforma importante, cuya batuta ha tomado Alemania, tras estar algo ausente. A ver...

¿La idea de Europa es viable?

Todavía no hay un verdadero ser europeo. Hablamos de países con mucha historia, con una cultura muy importante detrás. Por desgracia, todavía priman más los espíritus nacionales que el espíritu europeo. Pero este último cada vez es mayor.

Es complicado gestionar tantos egoísmos.

El mayor problema de Europa son los países que no tienen ningún interés en participar de ese espíritu europeo, salvo en lo económico, sin hacer sacrificios. Son una rémora.

Y hay un caso muy peculiar, como Reino Unido.

Ahora quiere intervenir en una crisis, cuando no asume muchas de sus obligaciones, permaneciendo al margen, en una especie de burbuja. Es igual que algunos países del Este, que no son nada europeístas y que han entrado por intereses coyunturales.

¿Veremos por fin una Europa unida?

Las reformas que va a emprender Alemania, y que todavía se hallan en barbecho, pueden significar que definitivamente vamos a por todas...

La salmantina Araceli Mangas lleva toda su vida adulta dedicada a las relaciones internacionales. De hablar pausado y entusiasta, con un discurso reflexivo y crítico, basado en la testarudez de los hechos, es catedrática de Derecho Internacional Público en la Facultad de Derecho de la Complutense, tras haber ocupado el mismo cargo en la Universidad de Salamanca hasta hace apenas unas semanas. Autora de una sobresaliente obra académica, ha participado en el equipo jurídico que representó a España ante la Corte Internacional de Justicia en el asunto de Kosovo o en el Comité para asesorar a la Comisión Europea en relación con la Conferencia Intergubernamental para la reforma del Tratado de Maastricht. Medalla de Unicef en 1998, su secreto parece residir en combinar la inteligencia con la capacidad de trabajo. No suele fallar:

«Nací en Ledesma, la menor de nueve hermanos. Cuando tenía cinco años mi familia, se trasladó a vivir a Salamanca. Era cuando todo el mundo se trasladaba a las capitales. En verano, volvíamos al pueblo.»

Esos son los mejores recuerdos: los del verano.

Son inolvidables. Ir con otros niños, por las peñas, escondiéndonos en la fortaleza, incluso en pasadizos secretos. Y el río, cuando era grande y limpio, era muy agradable para bañarse.

¿Cómo fue llegar a Salamanca?

Estaba llena de parques y teníamos una enorme libertad. En aquellos momentos no había los peligros que hay ahora. Vivíamos mucho en las calles. Fueron una

infancia y una juventud muy alegres.

¿Cómo era tu familia?

Mi padre era fundamentalmente ganadero y mi madre se dedicaba a criar nueve niños, tres hombres y seis mujeres. Siempre me ha gustado mucho venir de una familia numerosa. Hay momentos muy entrañables, con sus lógicas peleas. Pero se aprende a compartir, a tener cierta disciplina.

Tus padres insistirían en que fueras a la universidad.

Era propio de la época... Como los mayores no pudieron ir, los hermanos más pequeños sí. Hice toda la carrera con becas-salario, que existían al final del franquismo. Te daban el salario mínimo. Así los cinco pequeños tenemos carrera universitaria de licenciaturas.

¿Por qué el Derecho?

Pues tuve mis dudas, no creas. Siempre me gustó la política, no en el sentido profesional, especialmente la historia. Pero me impactó tanto lo que aprendí con profesores como Francisco Tomás y Valiente, que decidí finalmente dedicarme por completo a la carrera.

¿Qué profesores tuviste?

Extraordinarios, como Gloria Begué, Alberto Bercoz o Benjamín González. En la universidad de Salamanca había mucha calidad. Estas personas te formaban intelectualmente y te daban unos valores de primer orden.

Te tocó la época de la Transición.

Empecé la carrera con el Proceso de Burgos y la terminé con los fusilamientos del 75. En el paso del Ecuador mataron a Carrero Blanco. Estábamos muy comprometidos con la necesidad de cambios. Incluso tuve algunos problemas, por implicarme demasiado...

Luego te fuiste a Madrid.

Desde segundo de carrera me iba todos los veranos al extranjero y a partir de ese momento tuve muy claro que lo que me gustaba era el Derecho Internacional. Como en Salamanca no había posibilidad de hacerlo, pese a nuestra historia, con nombres como el de Francisco de Vitoria, me tuve que ir a Madrid.

¿Con quién estudiaste allí?

Busqué a la mejor persona que hubiera en la materia, la que en ese momento en España era la número uno. Me refiero a Manuel Díez de Velasco, que me dio la formación y la preparación necesarias. Estoy muy agradecida.

Ahora regresas a la Complutense...

Me han pedido que les ayude en Derecho Internacional Público, porque el área había quedado muy descabezada. Quieren que sea la primera cátedra de Derecho Internacional de España. Y es un reto que he aceptado.

¿Ha cambiado mucho la universidad?

Tanto el alumnado como el profesorado. El primero ha recibido, con tantas reformas educativas, una educación blanda, en la que no hay necesidad de esforzarse. Hay un problema de fondo en toda la sociedad, del que todos somos cómplices. Tenemos que cambiar la mentalidad de la gente.

¿En qué sentido?



DE CERCA

Un libro.
Bomarzo, de Mújica Laínez.
Una música.
Víctor Jara.
Un estreno de cine.
Criadas y señoras.
Un político.
Gandhi.
Un momento histórico.
El siglo XIX.
Un lugar en el mundo.
Birmania.
Una virtud y un defecto.
Soy muy trabajadora y tengo demasiado «pronto».



Fotografías: Agencia Ical



Pues asumiendo que la formación profesional es importantísima, más incluso que la propia formación universitaria e igual de digna. No todas las personas sirven para ser ingeniero de telecomunicaciones o ser economista. Se debe eliminar esa idea de que las profesiones técnicas no tienen consideración social. Eso nos haría progresar.

¿Y el profesorado?

Ha habido una relajación importante de las normas de acceso. Se valoraba cumplir años, andar por los pasillos y aguantar. Importaba más publicar mucho que con calidad. Por eso, una parte del profesorado no ha seguido preocupándose de su formación, lo que se va a pagar muy caro.

Volvamos fuera. Tras la caída de la URSS, parece que estuviéramos en un momento de velocidad constante...

Es la emergencia de un nuevo mundo. Durante muchos siglos hemos vivido el dominio de Europa en el mundo, algo que empieza a desaparecer tras la última guerra mundial. Desde la caída del Muro de Berlín se han derrumbado muchas certidumbres...

Ahora hay países que empiezan despuntar.

Y hace quince años estaban casi en la Edad Media y ahora son grandes potencias emergentes. Son los que realmente van a dominar. Posiblemente hasta los mapas deban cambiarse y no tener a Europa como centro sino a Asia. En ese sentido, Europa está en agonía.

Al final, tenía razón Spengler.

En el pasado era todo muy estable. Los avances científicos y sociales han acelerado todo. Los cambios en las relaciones internacionales van a ser rápidos. Esperemos, eso sí, que nuestra agonía sea lenta. Y re-

cuerda que geográficamente somos una península de Asia...

Además, no sólo es China.

Hay que sumar los países de su entorno. Me gusta mucho viajar. Necesito mentalmente salir fuera, tanto por razones de trabajo como por razones de ocio. Y estas últimas me llevan a Asia. Es impresionante lo que está pasando allí.

Eres miembro del patronato de Guinea Ecuatorial...

Tras su independencia todos los gobernantes han sido dictadores sanguinarios y nuestra relación con ellos nunca ha sido buena. Pero siempre ha habido mucha diferencia entre los gobernantes y los gobernados. Y es una lástima que eso no lo entendiéramos.

Se sigue queriendo mucho a España, ¿no?

Porque no tienen una mala idea de la colonización española. De hecho, fue bastante paternalista, pero nunca sanguinaria. Por ejemplo, Franco permitió en el país la existencia de partidos políticos.

Hubo algunas situaciones curiosas, como el raro poder que tuvo allí Falange.

Así es. En la época de la colonización se vivió relativamente bien, con unas infraestructuras bastante decentes. Hoy la gente sigue hablando español. Y cuando ven a un español en seguida lo abrazan, como uno más. Aquí, en cambio, no tenemos ni idea de lo que fue y es Guinea Ecuatorial.

¿Cómo ves a Castilla y León?

Se ha cerrado mucho en sí misma, olvidando su propia historia. Esa endogamia acaba cerrando oportunidades, sobre todo hacia los mercados exteriores. Pero es verdad que el gobierno en Castilla y León en los últi-

“ El Gobierno regional ha mejorado, aunque sigue mirándose el ombligo »

“ Nos tenemos que esforzar mucho más en aportar a España y Europa »

mos años ha mejorado bastante, aunque siga mirándose el ombligo.

¿Falta proyección?

Hay comunidades que lo han hecho. Se puede llevar a cabo una diplomacia paralela a la del estado, para ganar visibilidad, de cara al turismo o de cara a conservar el patrimonio cultural de Castilla y León.

Quizá sea sólo hacer caso al sentido común.

Muchas veces, en los medios de la comunidad, ante un acontecimiento internacional, me preguntan: «¿Y esto para Castilla y León qué supone?». No miramos lo que podemos aportar, sino sólo qué nos van a dar.

¿Esa mentalidad es un lastre?

Tenemos que esforzarnos mucho más en aportar a España y a Europa. Tenemos que dar políticos a nivel internacional, productos de investigación y ciencia que nos hagan competir. Como te decía, tenemos un potencial estupendo. Ahora vamos a aprovecharlo...

Como nos ha contado Araceli Mangas, Castilla y León siempre estuvo en la vanguardia del Imperio. Mientras se acumulan las facturas en las cajas de zapatos, no estaría de más recordar de vez en cuando a aquellos paisanos que un día decidieron lanzarse a la aventura equinoccial, sin saber qué se iban a encontrar. A ellos también habría que hacerles justicia, aunque sólo sea para que nos olvidemos lo antes posible del pobre Marqués de Labrador.